

# Un Mundo Dominado por la Propaganda

Por Michael W. Kelley

Se puede argumentar con justicia que entre los libros más importantes publicados el siglo pasado se encuentra la obra *Propaganda*, de Jacques Ellul. Nada explica mejor el predicamento del hombre contemporáneo como una situación psicológica e implacablemente condicionada por las fuerzas ideológicas como lo hace el libro de Ellul con una agudeza conmovedora e inquietante. Aunque Ellul escribió primero sobre el impacto de los métodos y consecuencias de la propaganda moderna en el surgimiento de los dos grandes movimientos totalitarios del siglo pasado, el Nazismo y el Comunismo, en los que se utilizó la propaganda para explotar a las masas y persuadirles de que su bienestar se alcanzaba mejor bajo regímenes que pudiesen imponer un control y una autoridad totales sobre sus vidas; sin embargo, *Propaganda* tiene mucho más que decir y está lejos de haber perdido su relevancia. Los usos y métodos de la propaganda aún juegan un papel muy poderoso en el medio social y político de nuestra época. Esto es verdad en todo el mundo, pero, como se verá en nuestro punto principal de interés, especialmente en las sociedades Occidentales.

Para muchos de nosotros *propaganda* es una palabra que, quizás, conjura imágenes de las concentraciones de Nuremberg o películas documentales como *El Triunfo de la Voluntad*. Por otro lado, podríamos pensar en los desfiles del Día de Mayo o en discursos pronunciados por los señores camaradas proclamando el gran éxito de esta o aquella gran empresa socialista. Indiscutiblemente, la aparición

en el último siglo de los Estados socialistas militantes con intenciones agresivas y belicosas fue correctamente considerada por muchas otras naciones como una amenaza mortal a la paz del mundo, lo mismo que a siglos de civilización y cultura acumuladas. Y la pretensión de sus ministerios de propaganda de disfrazar la crueldad y la opresión que tales regímenes imponían sobre las otras naciones del mundo era vista y resistida, en su mayor parte, por ellos mismos. Pero, si en Occidente vencimos con éxito el peligro o resistimos la atracción de las sociedades totalitarias, está lejos de ser cierto que hemos escapado de la atracción de los ideales y valores totalitarios, y esto equivale a decir que los logros de la propaganda han sido más generalizados, y más exitosos, de lo que nos gustaría admitir. De hecho, el hombre de Occidente es una criatura profundamente saturada de propaganda, y es este hecho supremo e inevitable el que Ellul ha presentado en su libro de manera tan convincente, más bien con una claridad clínicamente imparcial.

A veces, la palabra *propaganda* nos hace pensar en conspiraciones siniestras urdidas por gente en las altas esferas del poder gubernamental que buscan *lavarles el cerebro* a otros, a la gente desprevenida, para lograr que hagan ciertas cosas o que actúen de ciertas maneras que, bajo circunstancias ordinarias, no harían o incluso ni siquiera pensarían hacer. Sin duda algunos de nosotros estamos familiarizados con el entretenimiento ficticio popular como la serie de televisión *El Prisionero* o la original película *El Candidato de*

*Manchuria*, en donde la trama gira alrededor de alguna conspiración oscura por parte de agentes astutos de algún poder del gobierno para obligar o condicionar a sus víctimas a llevar a cabo ciertos actos o para aceptar ciertos estados de realidad diferentes de lo que uno tiende a considerar como la libertad natural del individuo. En otras palabras, el propósito es convertir a los hombres en peones que luego sirvan a los intereses de los conspiradores, cualesquiera que estos sean. Igual que estos ejemplos en el ámbito de la ficción, la propaganda, dirían muchos, es algo que se le impone a la gente en contra de su voluntad. En el menor de los casos, es un ataque fácilmente reconocible contra los procesos ordinarios conscientes de algunas personas. Algunos hasta podrían suponer que la propaganda es algo que podría usarse únicamente en personas que son o demasiado estúpidas o demasiado crédulas para saber que están siendo mentalmente manipuladas o fácilmente engañadas para que lleguen a creer algo que toda la gente inteligente de verdad rápidamente comprendería como algo ridículo o absurdo.

Pero la propaganda no es tan obvia como podríamos suponer. De hecho, la propaganda en el mundo moderno es mucho más sutil y malévola de lo que admitiríamos al principio. Y aunque puede que haya un elemento de verdad en lo que se fabrica en la imaginación ficticia, necesitamos reconocer que la propaganda es un hecho real de la vida moderna y que millones de personas son afectadas diariamente por su impacto y su diabólica intención de atraerles hacia su trampa y moldear su percepción de la realidad de acuerdo a su influencia e intenciones. Este hecho es ineludible. Lo que es más, es irrefutable. La propaganda es la fuerza más grande para el control del

hombre, su pensamiento, su sentimiento, todo su sistema de creencias, en el mundo moderno. Lo que necesitamos hacer es tratar de entender este fenómeno, explicar porqué existe y cuál es su impacto en el individuo moderno. Sin embargo, nuestro interés no es simplemente sociológico o psicológico; nuestro interés es profundamente *religioso*, pues el problema de la propaganda es, en último análisis, un problema profundamente religioso del hombre moderno. Esto significa que la propaganda no es algo que el hombre puede reconocer o de lo cual puede liberarse a menos que llegue a aceptar sus raíces religiosas.

La propaganda, como Ellul señala, tiene mucho que ver con la naturaleza y circunstancias de la vida social moderna. Aquí muchos factores juegan un papel que atrae a los individuos, más o menos de manera subconsciente, hacia la trampa de la ideología, y los apresa en su sistema de creencias y valores. Ellul llama a estas cosas las *precondiciones* sociológicas que proveen un entorno saludable para que la propaganda surta efecto. La primera de estas precondiciones es el surgimiento en el último siglo y medio de la moderna sociedad *masa*. La metamorfosis de las condiciones humanas de vida, de un ambiente primordialmente rural a uno fundamentalmente urbano, ha alterado profundamente la naturaleza del hombre y le ha hecho susceptible a las sutiles corrientes de las opiniones y costumbres que se pueden encontrar acumulándose en el escenario de las grandes ciudades. El individuo que se sentía en casa, como uno que trabajaba la tierra y que generalmente se comportaba bien con los ritmos más lentos de la naturaleza repentinamente se ha visto separado de sus raíces – con su transferencia a la ciudad – y de cualquier sentido de pertenencia. En vez de eso, se siente alienado y desconectado. El

hombre individuo se ha convertido en el hombre *masa*. La precondition sociológica del hombre también presupone una precondition psicológica. Aunque el hombre moderno ha llegado a amontonarse en las grandes ciudades, muchos individuos, puramente como individuos, se sienten aislados y solos. Para el hombre como individuo, la sociedad moderna se ha convertido en la multitud solitaria.

El propósito de la propaganda es alimentar estas circunstancias de la sociedad moderna y, de hecho, buscar como fomentar el aislamiento absoluto del individuo derribando todos los factores y condiciones que le capacitarían para resistir y evitar ser absorbido hasta diluirse en las masas. A menudo pensamos que la propaganda es algo que tiene como propósito la manipulación de las multitudes. Aquí tenemos ante nosotros la imagen de cientos, incluso miles, de personas reunidas en la plaza de una ciudad para escuchar las peroratas de un Mussolini o de un Hitler. Sin embargo, el individuo moderno no necesariamente se reúne con la masa como tal, excepto quizás en los eventos deportivos, conciertos musicales y los teatros, y no obstante, su perspectiva del mundo y sus problemas se ve fuertemente influenciada por el pensamiento de las masas.

Esto se debe a la propaganda. La propaganda se dirige a las masas, pero especialmente busca dirigirse al individuo que ha sido aislado en las masas. En este sentido, la propaganda siempre busca derribar la influencia de los grupos pequeños que una vez impactaron las vidas de la mayoría de individuos: las familias, las iglesias, los vecindarios, la villa como una comunidad familiar moralmente estable. Más especialmente, la propaganda promete liberar al

individuo del sistema de valores superficial y pasado de moda que se dice que sofoca la expresión plena de la individualidad de uno. El hombre que vive en las masas es influenciado de manera fácil y fuerte por el relativismo de valores que se propaga como una infección entre las masas donde los individuos pierden sus inhibiciones cuando miran que la gente hace cosas y se expresa de maneras que hubiesen sido consideradas perversas o chocantes en el contexto de los escenarios orgánicos más pequeños que se acaban de mencionar. Al *liberar* a los individuos de estos nexos que actuarían como freno para sus acciones, la propaganda busca luego re-integrar al *individuo-masa* en nuevos grupos, los cuales son moldeados por los grupos de poder que proveen el marco para las agendas políticas organizadas. Es decir, prometen re-integrar al individuo en las masas por medio de una nueva comunidad de intereses que está totalmente orientada hacia los intereses políticos puramente mundanos. A través de la propaganda el individuo es inducido a encontrar un nuevo centro de significado para su vida, lo que le provee un nuevo sentido de certeza, al ser atraído para compartir los ideales de aquellos grupos que son desarrollados para darle fuerza a esta o aquella convicción política.

Podemos mencionar superficialmente los nuevos colectivos que han llegado a emerger alrededor de asuntos tales como el trabajo, las preocupaciones de las mujeres, los problemas ambientales y de salud, el gigantismo industrial y comercial, el relativismo cultural y así sucesivamente. El individuo es dirigido hacia estos colectivos de influencia, y su mente es moldeada por la ideología asociada con los intereses de estos colectivos, porque ellos le dan un sentido

de pertenencia, la seguridad de estar en el bando moralmente correcto, y el sentido de protección contra las masas como tales. El propósito de la propaganda en esta situación es buscar como fomentar una uniformidad de opinión e inculcar los mismos prejuicios con respecto a los mitos y valores asociados con estos y otros asuntos. Todos ellos tienen como objetivo politizar al individuo de modo que no llegue a pensar de la manera correcta, pero que esté listo para actuar cuando sea necesario de la manera correcta. El individuo ya no debe tener opiniones privadas, o al menos, solo el tipo de opiniones que se correspondan plenamente con su necesidad de sentirse como en casa en la sociedad masa.

Otro factor que se presenta como una precondición para la creación de las fuerzas de la propaganda moderna ha sido la revolución tecnológica que la vida moderna ha experimentado. Esto es especialmente cierto al ver como la tecnología moderna ha transformado tan evidentemente la capacidad del hombre para comunicarse, o para sentir que se comunica con otros. En este sentido la tecnología ha producido los medios masivos modernos. Con el invento de la radio y la televisión, la habilidad para bombardear a las masas con formas aparentemente interminables de estímulo e imágenes, que crean en sus mentes distintas percepciones de la realidad, ha probado ser enorme beneficio para el impulso de la propaganda. Con la revolución del microchip las posibilidades han llegado a parecer infinitas. El hombre moderno está fuertemente saturado de una perspectiva de la vida que obtiene casi exclusivamente de estas fuentes tecnológicas. El contacto con el mundo por parte del aislado hombre masa se halla limitado a las horas cada vez más

superfluas que pasa escuchando la radio, viendo la televisión, o navegando por la Web en su computadora. Parece tener un apetito insaciable de estímulo, trivía e información. El hombre masa siente que a través de estos instrumentos está en contacto con el mundo, y que comparte un vínculo social común con otros que de otra forma son meros rostros sin nombre en la multitud. Y los abastecedores de entretenimiento, por medio de estos instrumentos modernos de comunicación, están más que dispuestos a alimentar el hambre emocional del hombre masa y, al mismo tiempo, son capaces de avivar esa hambre y manipularla para propósitos que la mayoría de gente no reconoce de manera inmediata. No es suficiente simplemente vivir juntos en la sociedad hormiguero de las mega ciudades modernas para crear fuerzas propagandísticas poderosas; debe haber, al mismo tiempo, una manera de influenciar a toda esa masa al mismo tiempo y ser capaz de unir la perspectiva de millones de personas sobre los asuntos importantes de la vida y la sociedad. Se necesitan los instrumentos modernos de la comunicación de masas para completar esa agenda.

Además de la radio, la televisión y la computadora, también debemos mencionar que la creación y la perfección de la moderna película de entretenimiento también ha probado ser una herramienta vital para las fuerzas de la propaganda moderna. De hecho, se puede decir que los ideales humanistas del hombre moderno han tenido un impacto mucho mayor sobre las masas por medio de las películas de cine que todas las otras formas de medios de comunicación, por razón de que las películas se hallan menos restringidas en cuanto a lo que pueden transmitir en la pantalla, que es lo que sucede con la televisión o la radio. Esto

no es simplemente porque en las películas observamos un uso más libre de blasfemias y lenguaje profano, o sexo y violencia gratuitos. También es porque regularmente se nos presenta un tipo de personaje que carece de cualquier cosa que tenga que ver con Dios o la religión de algún tipo, ciertamente en un algún sentido aprobado o positivo. En la pantalla el hombre se presenta como el producto de circunstancias puramente existenciales, sin raíces o tradición de algún tipo, una persona que enfrenta una vida que es estéril en cuanto a algún significado intrínseco más allá del breve momento cuando la historia requiere de alguna confrontación aguerrida con aquellos personajes que representan *lo equivocado*, tal y como se ven desde el punto de vista de los productores y creadores de la película. La implicación, entonces, es que la vida del hombre es lo que el astuto, y el que tiene recursos, pueden hacer de ella. Y en la versión fílmica del mundo, siempre hay algún individuo que tiene estas características en la cantidad suficiente para enderezar todas las contradicciones que simplemente llegan a interponerse en su camino. Otros que no tienen tanta suerte son fácilmente abrumados y aplastados por los eventos. Es el equivalente celuloide de la noción Darwiniana de la supervivencia del más fuerte. Los proveedores de la propaganda conocen muy bien los medios que tienen a su disposición en la industria de las películas, no meramente para darle a la gente algo que quieren sino para moldear las percepciones y las creencias acerca de la vida y sus temas de importancia. Esto es especialmente cierto desde el punto de vista de los humanistas izquierdistas quienes hacen uso del formato de las películas para transmitir un cierto tipo de visión moral anti-cristiana, y hacer así que los consumidores de las películas

adopten la misma visión en el mundo real y la adopten como consenso político.

Otros factores de la vida moderna forman las así llamadas precondiciones de la propaganda. Podemos mencionar de paso que la propaganda necesita un nivel mínimo desarrollado de afluencia y cultura entre la población como un todo. Se necesita una cierta cantidad de prosperidad para darle a la gente la oportunidad de liberarse de las preocupaciones más urgentes de la pobreza natural y así permitirles el tiempo y el lujo de asumir un interés en asuntos que van más allá de simplemente tener que ganarse la vida. La propaganda parece ser más efectiva con la gente que ha llegado a disfrutar de los estándares más alto de vida. Además, la gente debe haber adquirido un cierto nivel de educación. Al menos, deben haber completado los suficientes grados en la escuela para hacerles sentir lo suficientemente confiados para tener y expresar opiniones sobre cualquier tema o asunto que la propaganda alega que es de interés para la sociedad en general. Sin embargo, el programa de educación no debe ser demasiado riguroso o crítico. Es suficiente si la gente ha adquirido la habilidad de leer y seguir, a cierto nivel, discusiones escritas u orales sobre cuestiones y problemas difíciles, y ser capaces de formarse opiniones con respecto a sus soluciones.

El tipo de educación que uno encuentra en las escuelas dirigidas por el gobierno se ajusta bien a este criterio. Aquí la gente es educada en forma masificada, lo que requiere que el contenido de lo que se enseña sea necesariamente diluido y que resulte aceptable al más bajo común denominador intelectual. Lo que es más, la educación en esta forma no tiene que ver con adquirir conocimiento; tiene que

ver más con adoctrinar a la gente ideológicamente para que tomen sus lugares apropiados en la sociedad como miembros bien ajustados a las ideas de sumisión y conformidad del humanismo. Pero quizás, la razón más grande por la cual las escuelas del Estado son de vital importancia para el éxito de la propaganda es porque allí la noción completa del estudio del hombre y su mundo se hace sin la más mínima referencia a la existencia de Dios o a la definición del hombre en la revelación de Dios. En el punto de vista de este sistema de educación el hombre es meramente producto de la *evolución*, y el buen orden, el orden justo que el hombre disfruta, o espera disfrutar es, en última instancia, producto de la *revolución*; es decir, es resultado del poder del hombre para alcanzar ese orden y utilizarlo en contra de todos los poderes e influencias opuestas, ya sea que estos se encuentren en la historia o en la naturaleza.

El propósito de la propaganda no es solamente moldear el pensamiento, y eventualmente, el actuar de las masas, no es solamente guiarlas hacia ciertos canales deseados, sino hacerlo con tal astucia y sutileza que las masas mismas sientan que han llegado a la meta del pensamiento y el actuar correctos totalmente sin ayuda. Al hombre masa le gusta creer que las opiniones que se ha formado sobre los asuntos cotidianos son resultado del hecho de haber aprendido los hechos – sin ningún tipo de barniz – por sí mismo, por el solo uso, en otras palabras, de su habilidad racional innata. De hecho, los así llamados *hechos* son meramente los que consigue de los medios como la televisión, la radio, o la prensa, y son, por lo tanto, de entrada hechos ya *teñidos*, hechos que ya han sido adulterados o interpretados de antemano por aquellos que quieren que los así

llamados hechos se vean de determinada manera. De modo que, el hombre masa pensará que está viendo los hechos, sin mezclas y sin ningún tipo de distorsión, cuando en realidad está siendo alimentado con hechos que han sido contaminados por los prejuicios de alguien más con respecto a ellos.

Sin embargo, no debemos suponer que la propaganda es simplemente algo nefasto que los propagandistas usan para atrapar a los ciudadanos inocentes, que el hombre masa es meramente una víctima desprevenida de algunos genios astutos. Al contrario, el hombre masa moderno, en el fondo, ansía profundamente la propaganda. Tiene una necesidad profundamente arraigada de una dosis de información diaria y constante con respecto al mundo, tanto el cercano como el lejano. Y los proveedores de la propaganda también tienen una profunda necesidad de condicionar a las masas con informaciones y hechos acerca del mundo que se pueden usar como herramienta para controlar y dirigir la perspectiva, y modelar los valores de las masas.

Esto se origina en otra precondition de la propaganda moderna, a saber, la existencia en Occidente de las formas democráticas de gobierno. Las necesidades de la moderna política democrática hacen que el papel de la propaganda sea totalmente inevitable. Lo que es más, esta necesidad tiene dos lados. Es, en primer lugar, una necesidad de gobierno en sí, pues en el caso de la democracia moderna el ejercicio del poder, incluyendo los fines para los cuales se ejerce, depende de la aprobación de la población en general. Esto es precisamente lo que *significa* democracia: el gobierno del pueblo, por el pueblo y para el pueblo. Aquellos a quienes el pueblo elige para cumplir esta

responsabilidad a su favor, sus representantes, necesitan saber – por necesidad – lo que aquellos que los eligieron, piensan o aprueban tocante a las políticas del gobierno. A veces aquellas políticas pueden cambiar, o con frecuencia, las posiciones políticas que toman los representantes del pueblo pueden ser de tal naturaleza que se hace necesario convencer al pueblo que estas posiciones son las correctas. Ellos no simplemente responden a lo que quiere la gente; buscan, desde el principio, influenciar sus deseos.

Es aquí donde las técnicas de propaganda se hacen indispensables con el objeto de persuadir o convencer a la población de que ciertas políticas gubernamentales se asumen tomando en cuenta lo mejor de sus intereses, o el mejor interés del país, o del mundo, y así sucesivamente. Por consiguiente, en una era democrática, tal como la que tenemos ahora, los gobiernos que se suscriben a los ideales de la democracia tienen una necesidad urgente de asegurarse de que están actuando paso a paso con el pueblo. Por otro lado, el pueblo ha llegado a ser plenamente consciente de su papel en las sociedades democráticas. El antiguo sistema de gobierno era uno de gobernante y súbditos, pero en la era de la democracia ha llegado a ser el de ciudadanos y representantes de los ciudadanos. De acuerdo a los ideales democráticos, toda la soberanía descansa en el pueblo, y el pueblo es profundamente consciente de este hecho. Y al estar llenas de un fuerte sentido de su papel en el esquema general de las cosas las masas se han vuelto intensamente interesadas en la política. El pueblo ya no es mantenido a la distancia, como en el pasado, del centro de los temas de interés, especialmente porque en una era democrática todos los asuntos tienen una

consecuencia directa y diaria sobre el pueblo. En la actualidad las masas se ven afectadas por las decisiones políticas más que nunca antes, lo que significa que exigen conocer cuáles son los efectos que las decisiones del gobierno podrían tener sobre sus vidas. Más que esto, demandan tener toda la influencia que sea posible en esas decisiones. Y, puesto que algunas decisiones están destinadas a entrar en conflicto con otras decisiones, o más bien, los resultados de algunas decisiones afectarán a algunas personas de manera diferente a como afectarían a otras personas, ello dirigirá inevitablemente a una batalla por parte de un grupo entre las masas para garantizar que el gobierno implemente decisiones que les beneficien lo más posible, a expensas, si es necesario, de todos los otros grupos. La política domina todos los aspectos de la vida moderna y se convierte en un campo de batalla por el control del gobierno con el objetivo de dirigir, por medio de su monopolio del poder, los beneficios materiales y de otro tipo. Todo esto se convierte en un territorio abundantemente fructífero para que la propaganda germine y se desarrolle.

De modo que, la propaganda funciona de manera efectiva teniendo como trasfondo estas precondiciones. Sin embargo, no se debe pensar que la propaganda es inevitable si se dan únicamente estas precondiciones. Aún hay otro factor que necesita ser tomado en consideración para que la propaganda se torne inevitable, y esa es la condición *espiritual*, o podríamos decir *religiosa*, del hombre moderno. Podemos decir, con muy poco riesgo de ser contradichos, que el hombre moderno, en su mayor parte – y aquí tenemos en mente fundamentalmente al hombre Occidental – es profundamente secular y humanista en su disposición espiritual. Es decir, ha

desechado toda noción o creencia en la idea de Dios o su existencia. Esto es cierto de todas las masas en general. La idea de Dios es una ofensa entre las elites y los segmentos más educados de la sociedad, y el Dios del Cristianismo es especialmente – e intensamente – odiado. Allí donde los hombres en el pasado encontraron consuelo en la existencia de un Dios, y donde respetaron un orden moral que se pensaba haber sido impuesto por Dios, en la sociedad masa secular de la actualidad, el hombre ha llegado a creer que se vale por sí mismo. Habiendo eliminado a Dios de toda posibilidad de consideración, ya no cree en absolutos: no más verdad absoluta, ni estándares morales absolutos. En vez de eso, todo se ha tornado relativo a las necesidades del hombre, quien puede prescindir de la idea de verdad o valores absolutos cada vez que le convenga. El hombre se halla solo en el universo. Por consiguiente, las problemáticas incertidumbres de la vida moderna son, en su totalidad, problema del hombre. Teniendo como único recurso sus propios medios el hombre es impulsado por la urgente necesidad de enderezar todo lo torcido, de corregir todo lo equivocado, y crear un paraíso en el que el hombre viva, en el que todo lo que cause dolor o sufrimiento sea eliminado o aliviado tanto como sea posible. Por algún tiempo, el hombre moderno creyó en el progreso de la cultura y la civilización, en el avance de la ciencia y la tecnología. Por medio de la educación, la naturaleza humana sería transformada de sus comienzos crudos y barbáricos en una realidad totalmente civilizada y así el hombre sería cambiado hasta convertirse en un promotor desinteresado del bien social. El hombre ya no cree en un fundamento trascendente para la vida, uno que le dé al hombre un sentido de que su trabajo de cultura y civilización no es en vano, que no es solo de importancia

pasajera; su orientación es totalmente existencial, atada a lo terreno. A medida que ha progresado la historia moderna, el hombre se ha vuelto cada vez más humanista en su perspectiva de la vida, con la consecuencia de que cada vez más su condición *religiosa* ha llegado a estar dominada por la duda y la incertidumbre. La ciencia y el progreso ya no son los salvadores que el hombre una vez esperaba que fueran.

A medida que todos los factores que hemos mencionado como precondiciones han llegado a dominar el mundo del hombre, más y más este hombre masa, el individuo aislado, se siente empujado hacia la pasividad. Se siente más restringido, menos independiente y menos seguro del mañana. Sin Dios en su vida, el mundo y sus problemas comienzan a tomar dimensiones espantosas; el universo parece impersonal y remoto. El hombre solo en las masas se siente no solamente aislado sino marginado e impotente.

En su actual condición religiosa aislada e indeterminada, el hombre moderno siente profundamente la necesidad de encontrar aquello que le ayude a encarar su condición. Lucha por encontrar esto en su propio interior, pero con mucha frecuencia los asuntos de la vida y la sociedad simplemente amenazan con sepultarlo. Por consiguiente, necesita una ayuda *externa* que le ayude a protegerse o a resistir ciertos ataques para reducir ciertas presiones incómodas. Necesita, en resumen, la propaganda. En este sentido, la utilidad de la propaganda depende de su efecto. Lo que el hombre necesita es un conjunto de opiniones, un sistema de creencias, para darle sustancia a las incertidumbres en un universo que es, en última instancia, impersonal y vacío. El hombre no puede vivir en el mundo sin



adoptar algunos valores o aceptar algunas verdades; necesita explicaciones, y en un mundo complejo tal como el nuestro ha llegado a ser en la era moderna, el hombre necesita explicaciones que sean simples y globales.

Por lo tanto, la propaganda sirve para cubrir esta necesidad. La propaganda le dice al hombre las razones que hay detrás de los eventos y acontecimientos en la sociedad y el mundo, le muestra porqué las cosas le amenazan al amenazar a la sociedad en general. Más importante aún, le brinda soluciones inmediatas y ya preparadas a los problemas que de otra manera parecen ser totalmente insolubles. En la moderna sociedad secular en la que hoy vivimos el mensaje predominante de la propaganda, las soluciones que ella ofrece a las tensiones y problemas modernos, es dirigir a la gente hacia los senderos políticos, orientar sus mentes para que tomen posiciones políticas deseadas de antemano. Además, el tipo de posiciones que la propaganda busca inculcar son casi siempre aquellas que alientan a sus recipientes a desear una mayor presencia del gobierno en sus vidas y en los asuntos de la vida en general. En un universo vacío no existe un poder trascendente del cual pueda depender el hombre; todo poder es totalmente terrenal en naturaleza, y el poder del gobierno organizado, o del estado, es el poder más grande concebible para el hombre secular. No se requerirá un gran esfuerzo de persuasión para inducirle a demandar que el gobierno tome cada vez más control si es que se ha de sentir seguro de todo lo que le asalta en este mundo, ya sea que las amenazas provengan de las fuerzas de la historia (es decir, ¡del hombre!), o de la naturaleza. A través del poder del gobierno, el individuo, se siente personalmente más poderoso. La intención de la propaganda

es hacerle ver que esta es claramente la respuesta a su dilema de la impotencia personal o individual.

Sin embargo, el propósito de la propaganda no es simplemente hacer que el hombre se sienta poderoso, y por lo tanto, seguro frente a los problemas de la vida, también tiene el propósito de hacerle sentir en lo correcto, justo y justificado en su sistema de creencias, sin el cual no puede vivir. Aquí nos vemos confrontados con la necesidad de ver al hombre en su condición religiosa más profunda. Sin embargo, esto no se puede descubrir por medio de la razón del hombre sin ayuda de ningún tipo; esto le llega por medio de la revelación y se recibe con autoridad. La Escritura habla del hombre como alguien muerto en el pecado y lleno de culpa delante de Dios. Sin embargo, el hombre, quien tiene una conciencia cauterizada a causa del pecado, niega, de manera vigorosa, que es pecador o que debe dar cuenta de sí mismo a Dios. El hombre no es ni pecaminoso ni culpable como lo afirma la Escritura. Y no obstante, el hombre experimenta un gran sentido de culpa en sí mismo. En el menor de los casos, siente que existe algo injusto en el mundo, que es responsable por ello, y que por lo tanto, está obligado y destinado a ajustar el mundo sobre su eje ético apropiado. El surgimiento en el mundo moderno de la gran causa de los derechos, o de los derechos humanos, muestra cuán extenso es este sentimiento de culpa en el hombre. Por consiguiente, el hombre está más que dispuesto a afirmar su inocencia, o al menos, está bien dispuesto a justificarse a sí mismo en este aspecto mostrando cuánto se preocupa por los derechos humanos en la sociedad en general. Busca como exonerarse a sí mismo defendiendo la causa de los pobres, los oprimidos, los desechados o aquellos que han sido

privados de algo, en otras palabras, todos aquellos a quienes se les ha cargado de necesidades que les han sido negadas, una vez más, por la historia o la naturaleza. Él batallará en contra de todas aquellas fuerzas malvadas de las injusticias de la vida que afectan a tantos en el mundo. En otras palabras, se opondrá a las corporaciones, a la empresa capitalista, a los materialistas avaros, a los que arruinan el ambiente, a la tiranía de los poderes imperialistas, etc. Hará todo esto, y más, fundamentalmente para sentirse justificado en su propia mente y corazón, para afirmar que es una buena persona y alguien que está a favor de los buenos en todas las partes del mundo. Al hacer esto, el hombre siente su propia culpa, la culpa que siente debido al pecado pero la cual niega, para así atenuarla y acallar su conciencia. Esta necesidad de ser libre de la culpa y de sentirse justificado en su propio corazón y mente es una necesidad del hombre que la propaganda es capaz de manipular con gran habilidad. La propaganda le hace creer que los problemas de lo correcto y lo incorrecto en el mundo no se deben a él, sino a otros. Él no es una mala persona, alguna otra persona (o personas, o naciones) es la causa de todo lo que es injusto y equivocado en el mundo. En el ámbito colectivo, diría Ellul, la mayoría de ideologías y sistemas y doctrinas políticas o económicas son esencialmente justificaciones para brindar alivio a aquellos que se adhieren a ellas de la gran carga de culpa que sienten. En tanto que el hombre esté obligado a tratar con su problema de culpa, la propaganda llenará una profunda necesidad en su pensamiento y actuar en el mundo. La propaganda se ha convertido en la religión sustituta del hombre moderno.

Puede parecer sorprendente, pero la propaganda, lejos de ser un mero

fenómeno moderno psicológico o sociológico, tiene una explicación profundamente bíblica de ella. En otras palabras, la verdad sobre el asunto se encuentra en la teología, que depende de la luz de la *revelación* para clarificar el asunto. De modo que, con esta salvedad, consideraremos brevemente el Libro del Apocalipsis, capítulo 13. En este capítulo el lector encuentra la imagen de dos bestias, la bestia que sale del mar y la bestia que surge de la tierra. Ahora, estas dos bestias no aparecen por su propia voluntad; son levantadas o mandadas a llamar por un gran poder, al que se hace referencia primero en el capítulo 12, como el gran dragón rojo. Este dragón, claro está, no es otro que “la serpiente antigua, que se llama diablo y Satanás, el cual engaña al mundo entero” (12:9). Satanás es el gran oponente de Dios y Sus propósitos para la Creación, como se vio al haber dirigido a Adán hacia la tentación en Génesis 3, y de los propósitos de Dios para la redención, como se puede ver en Apoc. 12:4: “Y el dragón se paró frente a la mujer que estaba para dar a luz, a fin de devorar a su hijo tan pronto como naciese.”

Este hijo, sin duda, es el Señor Jesucristo, a quien Satanás había buscado desde el momento de su nacimiento, sin ningún éxito, para destruirle. Cuando Jesús estaba en la cruz Satanás creyó que finalmente había triunfado; entonces leemos en Apocalipsis 12 que el niño varón “fue arrebatado para Dios y para su trono.” Esta última descripción se refiere a la resurrección de Cristo de la tumba y su ascensión al cielo para sentarse a la diestra de Dios el Padre. Satanás no logró destruirle, ni pudo retenerle en la tumba. Todo lo contrario, Cristo fue exaltado a un lugar de gran poder y autoridad. Y esa es la situación en el momento actual; Cristo ejerce ahora poder y autoridad

sobre el mundo y el curso de la historia. Es *Él* quien ha triunfado. El efecto de esta elevación de Cristo condujo, al mismo tiempo, a la disminución del poder y autoridad previos de Satanás. El dragón “fue arrojado a la tierra” (12:9). Sin embargo, esto no debe entenderse como si significara que Satanás ha sido eliminado de tener alguna influencia en el mundo. De hecho, como lo muestra el versículo 13, está lejos de estar inactivo en su oposición a Dios en la tierra. Si Satanás no puede destruir al hijo varón, entonces hará todo lo que pueda para destruir a la mujer, quien es en verdad la descendencia del hijo varón. Aún cuando él es nacido de ella, ella existe como fruto de su realización de la redención. Ella es su logro; él no es de ella. Y ella seguirá produciendo una descendencia hasta el futuro indefinido, y será el único propósito de Satanás “hacer guerra” a todo lo largo del resto de la historia contra todos aquellos que nazcan de la mujer, es decir, contra aquellos “que guardan los mandamientos de Dios y tienen el testimonio de Jesucristo” (12:17).

Esto es todo lo que Satanás quiere lograr. Más tarde, todo lo que sucede en el Apocalipsis y que implica al dragón y su simiente, todo lo que dice que trata de hacer o hace, debe entenderse como algo que sirve a esa agenda. No tiene otra. El único propósito que le queda, antes de ser lanzado para siempre en el lago de fuego que está preparado para él y sus ángeles, es destruir a la mujer y su prole. *Él* busca como realizar esta agenda fundamentalmente por medio de aquello que sale de su *boca*, en otras palabras, por medio de la Mentira. “Y la serpiente arrojó de su boca, tras la mujer, agua como un río, para que fuese arrastrada por el río” (12:15).

El uso aquí de la palabra *serpiente* tiene el objetivo de recordarnos lo que Satanás era inicialmente en el Huerto, cuando apareció por primera vez a Adán y Eva como una serpiente astuta – una engañadora. La guerra de Satanás contra la mujer se ha de llevar a cabo por medio de un programa de mentiras y engaños. Pero, no es fácil vencer a la mujer con mentiras y engaños, y esto *enfurece* al dragón. Hará todo lo que pueda para impedir que siga aumentando y produciendo más su descendencia. Construirá un orden mundial, con una cultura y una civilización que atraiga a las naciones a sus propios propósitos, y al mismo tiempo, distraerles de tener cualquier interés en el mensaje que porta la mujer, un mensaje que proviene de la palabra (el “librito” del capítulo 10), que es el instrumento de la mujer, que le ha sido dado por el Señor, para trabajar en contra del diablo y su influencia. Luego, esto nos trae al capítulo 13 y a las dos bestias. Sin este trasfondo en el capítulo 12, el capítulo 13 apenas tendría sentido. El capítulo 13 es la continuación del propósito del dragón de hacer guerra contra la mujer, a escala mundial. Nos muestra la forma que toma esa batalla, y como es que casi logra su propósito.

Luego, el capítulo 13 se inicia con una imagen llena de tensión y anticipación. Allí leemos estas palabras: “Y el dragón se hallaba a la orilla del mar.” El *mar* aquí debe ser visto como una descripción de la humanidad caída en su totalidad, el hombre que ahora existe bajo la maldición, cuya vida y sociedad son un disturbio y una agitación grande y continua como las olas de un mar azotado por la tormenta (cf. Isa. 57:20). La humanidad en esta condición es presa de las maquinaciones de Satanás; pues, el hombre en esta condición, sujeto a la muerte, anhela seguridad y protección de

la amenaza de la destrucción que proviene del mundo y el hombre. Plenamente consciente de esto, Satanás está a punto de ofrecer su respuesta, su solución al precario problema del hombre caído y bajo maldición. Sin embargo, no hace esto por el bien o beneficio del hombre; más bien, tiene el objetivo de triunfar en su batalla contra la mujer. Satanás está a punto de invocar poderes grandes y fuertes para que le ayuden. Está a punto de usar las agencias del mundo para crear los medios para llevar a cabo su guerra contra la Iglesia. Se propone levantar dos grandes bestias para que trabajen juntas y formen un reino que no pueda ser resistido o fracturado por el mensaje del librito del capítulo 10. Su naturaleza de bestias significa que llegarán a ser reflejos de la propia naturaleza del dragón, salvaje y feroz, lleno de impiedad, y que se opone a todo lo que le hace frente, a saber, Dios y su verdad.

La primera bestia, la bestia que surge del mar, es la bestia principal en la agenda del dragón. Es principalmente por medio de esta bestia que Satanás se propone darle forma al mundo del hombre. Su carácter principal es el de un principio terrenal de poder y gobierno. El simbolismo de esta bestia explica esto. El simbolismo de “cabezas” y “cuernos” tiene el objetivo de indicar que ha de tener poder sobre los hombres y las naciones. Es un poder imperial, como se indica en el v. 2 donde se dice que la bestia evoca a algo que es similar al leopardo, al oso y al león.

Estos animales fueron mencionados en Dan. 7 como símbolos de reinos imperiales emergentes en el mundo antiguo. Todos estos primeros regímenes imperiales fueron expresiones religiosas del deseo del hombre caído de tomar posesión de la tierra por medio de la

conquista y la espada, de dominar la tierra por medio de sistemas totalitarios de gobierno. La labor del dragón en esta era presente es reactivar este programa y aumentar su influencia sobre las masas de la humanidad. Algo que es medular para su atracción del hombre caído en sus masas es que representa un ámbito de orden social y seguridad en contra de todo aquello que amenaza al hombre. Pero para poder llegar a ser efectivo sobre el hombre, para poder ser capaz de actuar como una seguridad para el hombre, se le debe dar un gran poder, un poder que sea total y que no se le pueda desafiar, imperial en naturaleza como lo fueron los reinos de la antigüedad. La gran estrategia del dragón es ofrecerle al hombre una sociedad en la que el poder del Estado es absoluto. Sin embargo, debe aparentar no ser más que un amigo para el hombre. Es decir, no debe ser visto como una tiranía sobre el hombre. El hombre no debe pensar que sus órdenes sociales son opresivos y, en lo general, un beneficio negativo para el hombre. De otra manera no podría estar tan enamorado de la visión de la vida que ellos le presentan. Sin embargo, es aquí donde la segunda bestia entra en el escenario.

La segunda bestia, que surge de la tierra, es levantada únicamente para estar a favor de los intereses y ambiciones de la primera bestia. La segunda bestia tiene el objetivo de ayudar a la primera a alcanzar el poder absoluto. Sabiendo que los poderes terrenales pueden ser opresivos, la primera bestia necesita un asistente que pueda disfrazar lo que realmente representa; necesita, en otras palabras, un medio para engañar a las masas para que piensen que lo que ofrece la primera bestia es totalmente para el bien del hombre, y no se propone causarle ningún daño o ponerle en peligro. La segunda bestia es levantada para actuar como un

instrumento de ideología y propaganda, los cuales se emplean para brindarle un atractivo innegable a la primera bestia y su agenda. Podríamos decir que la segunda bestia le levanta para la comunicación de todos los valores y filosofías del mundo que luego puedan usarse para impulsar la causa del humanismo y el estatismo en todas sus variadas formas. En otras palabras, esta bestia es el aparato educacional del humanismo. Se dice que surge de la *tierra*, pues la palabra tiene como propósito indicar la cercana asociación que esta segunda bestia tiene con las instituciones de las sociedades humanas. Los ideales que esta bestia defiende buscan penetrar y controlar completamente las instituciones del hombre, y a su vez, usar aquellas instituciones como organizaciones efectivas del propósito del dragón, a saber, ser instrumentos para promover la sociedad total ideal de la primera bestia. Las instituciones del hombre también se pueden usar para silenciar cualquier punto de vista que no esté en línea con las intenciones del dragón y su seguimiento entre los hombres. Al tomar las instituciones del hombre para sus propios propósitos el dragón espera impedir que aquellas instituciones lleguen a ser influenciadas de alguna manera por la agenda de Aquel que ahora se sienta en el trono, y también espera acallar a la mujer y detener su influencia para que no se propague en las culturas y sociedades del hombre.

Se nos dice que esta bestia se parecía al Cordero, pero hablaba como dragón (v. 11). En otras palabras, buscaba disfrazarse como un falso ideal mesiánico para la totalidad de la vida y la cultura; se hizo presentar como un gran bien para el hombre, algo a lo cual se vería atraído por razón de su justicia y paz, sin duda de

gran beneficio para el hombre y sus sociedades. Pero las palabras de su boca le delataban de manera mortal; pues, hablar “como dragón” es proferir mentiras y falsedades de todas las naturalezas concebibles. Sin embargo, el punto es que esta segunda bestia habla. Es un instrumento de comunicación, cuyo propósito es persuadir a las masas, hacer que la agenda de la primera bestia parezca atractiva y deseable, para producir, en otras palabras, una convicción y una fe fuerte en las metas y ambiciones del hombre humanista, para así derribar toda resistencia en su contra, y al mismo tiempo, silenciar a la única otra voz que podría exponer la Mentira como el engaño que es, a saber, la de la mujer cuya única agenda es hablar la verdad tal y como está contenida en el librito, la palabra de Dios.

Satanás, el gran dragón rojo, está actualmente ocupado en una intensa guerra de propaganda con las naciones del mundo. Y todos aquellos que tienen la “marca de la bestia” en sus frentes la escuchan y se someten a ella en varios grados. No pueden sino hacer esto, pues aquellos que tienen la marca de la bestia en sus frentes son todos aquellos que no tienen el “sello de Dios” en ellos.

Existen, en otras palabras, dos tipos de personas en el mundo, aquellos cuya existencia consciente (la referencia a “frente” tiene el propósito de simbolizar la vida consciente del hombre) y perspectiva de la vida se mantienen en la trampa de la Mentira y aquel que es la agencia de ella, y aquellos cuya vida y existencia consciente han sido liberadas de la Mentira y pertenecen, a través del poder nuevo de la habitación del Espíritu de Dios, a Aquel que ahora está sentado en el trono. Son aquellos que tienen la marca de la bestia quienes son atraídos al

programa de la primera bestia y quienes, por lo tanto, son fácil e inevitablemente persuadidos por los ideales del programa enseñado y comunicado por la segunda bestia.

Por lo tanto, el hombre caído es el producto natural de una profunda propaganda espiritual. Con mucha felicidad mira al mundo a través de los ojos de Satanás; adopta felizmente la perspectiva humanista de la vida y sus problemas. Esa perspectiva está profundamente orientada a lo mundano y lo impío, y está interesada en capturar todos los aspectos de la vida del hombre con el objetivo de impulsar una agenda de

reino de naturaleza bestial. Por lo tanto, tales hombres son presas fáciles del pensamiento y el razonamiento humanista, y dadas, como ya lo mencionados, las precondiciones de la sociedad moderna, su estado social y psicológico es tal que están listos y dispuestos a darle su asentimiento a las metas políticas y sociales incluidas en aquella agenda. Pero, a menos que entendamos que una propaganda *espiritual* está operando en el mundo, nunca seremos capaces verdaderamente de reconocer o entender el funcionamiento de la propaganda en un nivel puramente psicológico o sociológico. **C&R**

Traducción de Donald Herrera Terán, para <http://www.contra-mundum.org>

Este artículo fue publicado originalmente por la revista *Christianity and Society*, Vol. XV, No. 1, Verano 2005. *Christianity and Society* es publicada por la *Fundación Kuyper*. Visite la página web de la fundación: <http://www.kuyper.org>